

La Señal del Profeta Jonás

Un sermón sobre Jonás 1:15b

Por Rev. A. Moerkerken (sermón 2 de 5 en esta serie)

Lectura bíblica: Mateo 12:38-50 (o Jonás 1)

Salterio 128:1, 2

225:1

295:1, 2, 3

150:1, 3

170:1, 2, 3

Introducción

“Maestro, deseamos ver de ti señal”. Así leemos en Mateo 12:38, donde algunos escribas y fariseos Le dijeron estas palabras al Señor Jesús. ¿Qué quieren decir estos hombres al plantear esta pregunta? Seguramente no es que estos justos en sus propios ojos quisieran ver un milagro hecho por Jesús. Al contrario; ellos habían dicho a Jesús que también entre ellos había personas que pudieron hacer milagros, igual que los magos de Egipto en el tiempo de Moisés. Ahora bien, estos fariseos Le pidieron una señal especial para que Él les probara que realmente era el Cristo, el Mesías enviado por el Padre. Por esto le dicen a Jesús: *“Maestro, deseamos ver de ti señal”*.

Entonces reciben la respuesta de Jesús, que leemos en vv. 39 y 40: *“La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches”*. Esta es una respuesta realmente maravillosa. Al responderles así a los fariseos, es como Cristo les dijera: “Igual que Jonás no murió en el vientre del gran pez, Yo voy a entrar en la tumba pero no me quedaré ahí”. Pues, el milagro en cuanto a Jonás no fue que él había sido tragado por un gran pez, porque en el Mar Mediterráneo existen enormes peces que fácilmente pueden tragar a un hombre. Tampoco el milagro de Jonás fue el hecho de que Jonás estuvo por algún tiempo en el vientre del pez y luego el pez lo vomitó, porque la historia nos cuenta de varias personas que han sido tragadas por peces enormes y luego los peces las vomitaron. Así que el milagro no fue el hecho de que Jonás *estuvo* en el vientre del pez. El milagro es que Jonás *no haya comenzado a podrirse* dentro del pez, como es el proceso

natural cuando un pez traga algo. El milagro, entonces, es que después de tres días el pez vomitó a Jonás, y Jonás no había sido digerido ni dañado en ninguna forma.

Esto, entonces, es la señal que Cristo les da a los fariseos sobre Sí Mismo. Él les dice: “Yo voy a estar por tres días en la tumba, en el corazón de la tierra, pero no veré la corrupción. No voy a heder, como el cuerpo de Lázaro ya hedió después de algunos días en su tumba. Cuando resucito después de tres días, mi Padre no me habrá permitido ver la corrupción (Salmos 16:10).

Queridos amigos, sigamos hoy con la historia de Jonás, y hoy vamos a meditar en la porción de la Palabra de Dios que se encuentra en Jonás 1, los versículos 8 hasta el versículo 17. Solamente leeremos la última parte del versículo 15, donde leemos: “*Y el mar se aquietó de su furor*”. Nuestro tema principal es:

LA SEÑAL DEL PROFETA JONÁS

Vamos a considerar tres pensamientos principales:

- 1. La confesión de Jonás;**
- 2. El rendimiento de Jonás; y**
- 3. Jonás como tipo de Jesús, el Jonás Mayor.**

PRIMER PENSAMIENTO

Amigos, leemos en la Palabra de Dios que los marineros echaron suertes para ver por culpa de quién les había venido la gran tormenta. Y, leemos que “*...la suerte cayó sobre Jonás*”. Los marineros se dieron cuenta de que éste no fue una tormenta cualquiera. Ellos reconocieron la Mano de Dios en la tormenta, y por eso querían echar suertes para saber quién era el culpable. Congregación, aquí fijémonos que cada uno de los marineros obviamente pensaba que *él mismo* no fue el culpable. ¡Así somos nosotros! Por la naturaleza humana, el hombre siempre encuentra la culpa en otros, y nunca mira hacia adentro a sí mismo. No obstante, cada uno de estos marineros era un pecador culpable, y como tal, ¡merecía los juicios justos de Dios! Si los marineros hubieran tenido la gracia de Dios, habrían acusado a sí mismo primeramente, antes de mirar a otros. Sin embargo, estos marineros no reconocen su culpa del pecado, y

por eso hacen lo posible para saber *quién* era el culpable entre ellos. Es una imagen de la naturaleza humana. Queridos amigos, cuántas veces cuando nos encontramos con dificultades y problemas, nos preguntamos: “¿Por qué es así en mi vida?” Igual que los marineros, buscamos un motivo o un culpable, pero sin la gracia de Dios, la culpa ***nunca es nuestra***, o al menos así pensamos.

Sin embargo, hubo un solo hombre en la nave que había llegado a ser culpable ante Dios. Aun si no hubieran echado la suerte, Jonás *sí* sabría que la culpa fue suya. En su comentario sobre esta historia, Juan Calvino dice: “Jonás llevaba el verdugo en su corazón”. La consciencia de Jonás le habló fuerte, y él se dio cuenta de que era un pecador, y que fue él el culpable en este caso. Oh amigo mío, ¿alguna vez ha sucedido en *tu* vida que te diste cuenta de que *tú* eres el culpable? ¿Alguna vez te ha pasado que por más que sea tu miseria, tus aflicciones, y tus problemas, que no has echado la culpa a otros, sino que has dicho: “Señor, soy culpable de romper todos Tus mandamientos, y merezco Tu ira justa”?

Cuando la suerte cayó sobre Jonás, los marineros le hicieron muchas preguntas. “*Decláranos ahora por qué nos ha venido este mal. ¿Qué oficio tienes, y de dónde vienes? ¿Cuál es tu tierra, y de qué pueblo eres?*” Oh, estas preguntas hicieron que Jonás sintió su culpa aún más. Fueron preguntas que lo humillaron mucho, y cada pregunta fue como un dardo que traspasaba su corazón. “*¿Qué oficio tienes?*” ¡Esta pregunta es muy dura para Jonás! Él fue *profeta*, convertido por Dios y llamado a ser un siervo de Dios. Oh Jonás, ¿te acuerdas del día cuando el Señor te llamó a Su bendito servicio, y cuando te separó para predicar en Su Nombre? Congregación, seguramente las preguntas de los marineros fueron para Jonás “...*como agujones, y como clavos hincados*” (Eclesiastés 12:11).

Los marineros siguieron con preguntas. “*¿Cuál es tu tierra?*” Casi podemos leer los pensamientos de Jonás: “Oh Señor, ¿cuál ***es*** mi tierra? No nací en un país pagano, sino en la tierra bendita que fluye con leche y miel. Nací en Canaán, la tierra que Tú diste a Tu pueblo con el maravilloso poder de Tu Mano.”

“*¿Y de qué pueblo eres?*” le preguntan a Jonás. Oh, Jonás fue uno de esas personas benditas a quienes el Señor había escogido como Su propia herencia. ¡Él perteneció al pueblo de Dios! Queridos amigos, si alguien nos hiciera esta pregunta a *nosotros* hoy, ¿cuál sería nuestra respuesta? Niños y

jóvenes, padres y madres, ¿de qué pueblo eres? Ustedes saben bien que solamente hay dos clases de personas en este mundo. Todos pertenecemos o al pueblo de este mundo o al pueblo de Dios. O somos salvos y somos del Canaán espiritual, o no somos salvos y somos de la tierra pagana que es este mundo.

Siguiendo la historia en nuestro capítulo, ya vemos que Jonás hizo su confesión: “*Soy hebreo*”. ¿Qué quería decir que él era “hebreo”? En el idioma original de la Biblia, la palabra “hebreo” significa “uno que ha sido tomado desde el otro lado”. Nos hace pensar en el patriarca Abraham, quien fue tomado de Ur de los caldeos, del otro lado del río Éufrates, de una tierra donde él había servido los ídolos y dioses falsos. Luego, el Señor lo llamó, y lo llevó al otro lado del río, y le hizo un hebreo, es decir, uno que fue tomado del otro lado. Esta palabra “hebreo” tiene un significado profundo. Se refiere a uno que ha sido llamado de las tinieblas de Mesopotamia a la maravillosa luz de Dios. Por eso, ya que Jonás había sido convertido por Dios, él pudo contestar: “*Soy hebreo*”. Ahora, amigo mío, ¿eres tú “hebreo” también? ¿Has venido *tú* desde el otro lado? ¿Has sido *tú* llamado “*de las tinieblas a su luz admirable*”?

Así Jonás contesta a los marineros con las palabras: “*Soy hebreo*”. ¡Qué nombre más maravilloso! Por más que Jonás se había desviado mucho, todavía él sabía que había sido tomado del otro lado, y todavía sabía que él era “hebreo”, escogido por Dios. Por más profundo que ha caído Jonás, este hecho innegable salió por un momento, el hecho de que Dios lo había salvado.

Luego Jonás sigue con su confesión, diciendo: “*Soy hebreo, y temo a Jehová, Dios de los cielos, que hizo el mar y la tierra*”. De un momento a otro toda la verdad sale de la boca de Jonás: “*Temo a Jehová*”. Sí, queridos amigos, Jonás no estaba mintiendo. Por más lejos que Jonás se había desviado, el temor de Dios había sido sembrado en su corazón, y cuando el Señor ha comenzado la obra de la salvación, Él nunca jamás abandonará a Su Hijo para siempre. Uno de nuestros antepasados (Justus Vermeer) solía decir: “La **certeza** acerca de la obra de Dios no siempre está presente en el corazón, pero la **consciencia** de la obra de Dios nunca deja de estar presente”. Por eso, ya que Jonás había aceptado su culpa, él hizo la confesión de que temía a Jehová. Jonás hace mención del “*Dios de los cielos, que hizo el mar y la tierra*”. Así Jonás habla de las tres cosas que habían hecho que los marineros tuvieran tanto miedo: el cielo oscuro

de donde venía la tormenta; el mar en la cual la pequeña nave subía y bajaba por la fuerza de las olas grandes; y los peñascos que hay en las orillas del Mar Mediterráneo, sobre los cuales la nave podría ser destruido en cualquier momento.

Ahora vemos otra pregunta que hicieron los marineros. Primeramente leemos que *“aquellos hombres temieron sobremanera”*. En versículo 5 hemos leído que *“tuvieron miedo”*, pero aquí leemos que *“temieron **sobremanera**”*. Quiere decir que su temor aumentó mucho al escuchar las palabras de Jonás, y ahora le preguntan: *“¿Por qué has hecho esto?”* Esto fue en sí una reprensión y amonestación para Jonás, y salió de la boca de marineros paganos. ¡Qué cosa más terrible, amigos, cuando el mundo tiene que recordarnos de nuestros pecados! Cuán terrible es cuando los del mundo nos dicen: *“¿Cómo es que has hecho algo tan malo? ¿Cómo es posible que tú, que profesas ser creyente, has hecho algo semejante?”* Jonás tenía que ser humillado mucho. Los marineros paganos se dieron cuenta de que Jonás huía de la presencia del Señor, *“pues él se lo había declarado”*.

En nuestro segundo pensamiento, vamos a considerar **el rendimiento de Jonás**.

SEGUNDO PENSAMIENTO

Leemos en v. 11: *“Y le dijeron: ¿Qué haremos contigo para que el mar se nos aquiete? Porque el mar se iba embraveciendo más y más”*. Aunque antes los marineros le habían preguntado a Jonás: *“¿Por qué has hecho esto?”*, no leemos que Jonás les había respondido palabra alguna. Él quedó silencioso, porque como él sabía que era culpable, también sabía que sólo había una cosa para llevar el castigo de su pecado. Sabía que había un solo precio por el pecado: *la muerte*. Queridos amigos, ¿han aprendido *ustedes* esta lección, que el pecado no puede ser perdonado con una simple confesión, sino que tiene que ser castigo con la muerte? Jonás tenía que morir, porque no había otra manera de compensar por su pecado. Cuando miraba al mar embravecido, seguramente tenía mucho miedo. Pero aún así, estaba convencido de su culpa, y aún peor, que él era la causa también de que el Nombre de Dios llevara reproche, porque con la pregunta de los marineros, es como si le dijeran: *“Si realmente teme a Dios, ¿cómo habrás hecho algo semejante?”* Por eso, Jonás sabía que había una sola manera de aquietar el mar

y calmar la ira de Dios: *la muerte*. La perfecta justicia de Dios exige la muerte como el único pago por el pecado, y la muerte es la única satisfacción suficiente para Dios.

Queridos amigos, siempre hay una gran lucha antes de que una persona pierda su vida espiritualmente, para así ir “por la borda” [*overboard*] con todas sus propias justicias y experiencias. Jonás no presenta la imagen de un pecador que ha recibido el conocimiento de su pecado y su culpa, y que se da cuenta de que está en el mar embravecido de la ira de Dios. Las olas se hacen más grandes cada vez. A veces el Señor usa una gran aflicción para así abrir los ojos espirituales, para que el pecador vea a sí mismo como el único pecador delante de Dios. Los marineros que estaban en la nave con Jonás también eran pecadores, pero en este momento, cuando se ha hecho culpable, él se considera como el culpable entre todos, y el que merecía el castigo de la muerte. Jonás sabía que aún si él se hubiera postrado en la nave y si hubiera clamado al Dios de los cielos, el mar todavía se embravecería más y más. En este sentido, Jonás fue llevado al punto donde él estaba completamente de acuerdo con la justicia y el juicio de Dios. Es el Señor que lleva al pecador a este punto, pues en sí mismo el hombre siempre luchará para salvarse.

Ahora, Jonás acepta su culpa, y responde a la pregunta de los marineros: “*Tomadme y echadme al mar, y el mar se aquietará, porque yo sé que por mi causa ha venido esta gran tempestad sobre vosotros*”. Oh amigos, Jonás ya estaba completamente de acuerdo con su castigo, y con la justicia perfecta de Dios. En este momento Jonás aprendió a amar a Dios más que amaba su propia vida, y aún más que su *propia salvación*. Y así tiene que ser en la vida de cada hijo de Dios; es necesario llegar al momento, por la gracia, cuando el honor de Dios vale más que nuestra propia vida. Amigos, ténganlo por seguro que Jonás no tenía la más mínima idea que iba a haber un gran pez que lo iba a tragar. ¡No! Para Jonás, él tenía que ir por la borda y así ahogarse para satisfacer la ira de Dios. El honor de Dios exigía que él se sacrificara al mar. Queridos amigos, esto es algo que *nunca* se vería en la vida de aquellos que solamente tienen la fe temporal. Siempre amarán su propia vida más que el honor de Dios. Siempre los

que solamente tienen la fe temporal van a escoger su propia salvación antes de la virtud y el honor de Dios. La fe temporal puede “avanzar” mucho, pero es aquí donde siempre se detiene y tropieza.

Sin embargo, en el caso de Jonás, la fe salvadora se manifestó, y por eso él pidió que los marineros lo echaran al mar. Oh Jonás, ¿acaso no te da miedo perder la vida así? ¿Podrás pensar en siquiera un cristiano que ha muerto así en las manos de un Dios airado? Oh amigos, Jonás ya había perdido la lucha consigo mismo, y cuando un alma así pierde la batalla por su propia vida, entonces todo lo que implica postrarse ante la justicia de Dios es dulce, ¡sea lo que sea! Aunque tuviera que perder su propia vida, el hijo de Dios que ha sido llevado a este punto ya lo puede hacer con mucho gusto. Cuando el hijo de Dios ama los atributos de Dios más que a sí mismo, se experimenta una comunión dulce con el Señor, sean cual fueren las aflicciones que tiene que sufrir. Oh queridos amigos, los hijos de Dios no siempre están en esta bendita condición. ¡Al contrario! Son raros los momentos cuando el hijo de Dios puede estar totalmente de acuerdo con la bendita justicia de Dios, pero ¡cuán dulces son aquellos momentos!

Ahora, ¿qué hacen los marineros? Leemos en versículo 13: “*Y aquellos hombres trabajaron para hacer volver la nave a tierra*”. Los marineros no echaron a Jonás al mar, sino que comenzaron a remar aún más fuerte. Ellos tenían una consciencia, y tenían el conocimiento que vive dentro de cada ser humano que nos dice que la vida humana es sagrada, porque es creada por Dios. Por eso, aunque las velas de su nave ya estaban desechas, ellos emplean todas sus fuerzas para tratar de remar en contra de la tempestad. Oh amigos míos, aquí vemos *otra* lección. Los marineros tenían mucha experiencia en el mar, y ellos sabían muy bien que nunca jamás podían salvarse con sus propias fuerzas. Habían oído de Jonás que la única manera de salvarse era por un sacrificio, pero... ¡ellos querían seguir obrando con sus propias fuerzas! ¿Alguna vez *tú* has experimentado esto, amigo mío? Nos ha sido predicado y enseñado que la única manera de poder ser salvos del mar de la ira de Dios es por medio del sacrificio del Mediador Jesucristo. Sin embargo, el hijo de Dios sigue intentando salvarse con sus propias obras y experiencias, hasta que por fin Dios Mismo le muestre que el sacrificio mediador de Jesucristo es la ***única manera*** de ser salvo. ¿Has aprendido tú esta lección tan importante?

Por más que remaban los marineros, leemos que “*el mar se iba embraveciendo más y más contra ellos*”. Por fin, al darse cuenta de que no avanzaron en su lucha, los marineros dejaron de remar y comenzaron a orar a Jehová. Escuchémosles: “*Te rogamos ahora, Jehová, que no perezcamos nosotros por la vida de este hombre, ni pongas sobre nosotros la sangre inocente; porque tú, Jehová, has hecho como has querido*”. Es como si dijeran: “Oh Jehová, tenemos que matar a este hombre, pero él no ha hecho nada a nosotros. No nos ha robado ni nos ha hecho nada malo, y creemos que es inocente, pero aún así tenemos que echarlo al mar. Oh Jehová, no nos hagas culpable de sangre inocente, porque Tú has hecho según Tu santa voluntad”.

Luego vemos que los marineros “*...tomaron a Jonás, y lo echaron al mar*”. ¿Cómo habría sido esto? ¿Habría resistido Jonás cuando llegó el verdadero momento de ser echado al mar? Oh, posiblemente si hubieran intentado echarlo al mar una media hora antes, él habría resistido mucho. Pero ahora, él extiende sus brazos para que lo alcen, porque él está completamente de acuerdo con la voluntad de Dios. Aquí lo vemos como un tipo del Jonás Mayor, el Señor Jesucristo, Quien dijo a los soldados: “*Si me buscáis a mí, dejad ir a éstos*” (Juan 18:8).

Es muy importante destacar aquí que Jonás no se lanzó a sí mismo al mar. Jonás *no se suicidó*. Al contrario; como él ya estaba de acuerdo con la justicia de Dios, él pudo decir que lo echaran al mar, y los marineros lo alzaron y lo echaron al mar embravecido. ¡Qué momento más terrible para los marineros! Lo vieron caer al mar, y luego vieron que se hundió Jonás en el agua profunda. Ellos no se daban cuenta de lo que ocurría en la profundidad del mar; no sabían que Jonás había caído en las brazos misericordiosos de Dios. No sabían que Dios había preparado un gran pez para tragar a Jonás. Y, tampoco *tenían que* saberlo, pues esto fue algo personal entre Jonás y Dios.

Sin embargo, lo que sí vieron los marineros fue *el resultado* después de echar a Jonás al mar. Leemos que “*...y el mar se aquietó de su furor*”. Esto no sucedió de la manera que normalmente sucede en el mar. Normalmente, después de una tormenta, el mar se aquieta de una manera muy gradual. Ahora, de un momento a otro el viento dejó de soplar, el sol brilló, las olas enormes desaparecieron, y el mar se

aquietó. ¿Cuál fue la reacción de los marineros? Leemos: “*Y temieron aquellos hombres a Jehová con gran temor, y ofrecieron sacrificio a Jehová, e hicieron votos*”. No es para nosotros el juzgar a los corazones de los marineros. Tal vez había uno o más de ellos para quien este hecho fue santificado, y que fue salvo. La Biblia no nos cuenta esto, y no nos conviene especular o juzgar a estos hombres.

En nuestro último pensamiento vamos a ver lo que estaba sucediendo *debajo del agua*, pero primeramente vamos a cantar **del Salterio 252, las estrofas 2, 3, y 4.**

TERCER PENSAMIENTO

En nuestro tercer pensamiento, vamos a considerar a **Jonás como tipo de Jesús, el Jonás Mayor**. No es necesario introducir nuestros propios pensamientos aquí, pues el Señor Jesús Mismo citó esta historia en el capítulo que hemos leído, Mateo 12, donde Él dijo: “*He aquí más que Jonás en este lugar*” (Mt. 12:41). En pocas palabras, la obra de Cristo fue aquietar el mar de la ira de Dios y honrar los atributos de Dios. Esto fue la obra del Mediador, el Bendito de Su Padre. El mar de la ira de Dios se había embravecido en contra de Su pueblo, y tenía que ser aquietado. A tal fin, Cristo ya se había presentado como Fiador en el Concilio de la Paz, cuando Él se ofreció y dijo: “*He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón*” (Salmos 40:7, 8).

Fijémonos que el mar no se aquietó como resultado de la rendición de Jonás y el hecho de que él se presentó para ser echado al mar. ¡No! Era necesario que se ofreciera el sacrificio, y el mar no se aquietó hasta que Jonás realmente fue echado al mar. De la misma manera, no fue suficiente que Jesús se presentó a Su Padre en el Concilio de Paz para ofrecerse. Era necesario que Él fuera sacrificado. Él cumplió en Gólgota, y en el momento de Su muerte, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo, lo que significaba que la justicia de Dios se había satisfecho y Su ira se había calmado.

Cristo dijo: “*He aquí más que Jonás en este lugar*”. Jonás sí fue culpable, pero Cristo fue completamente inocente. Como Cordero inocente, Él fue presentado como el culpable. Con mucha voluntad, Cristo se echó en el mar de la ira de Dios, para redimir un pueblo del cual leemos: “*Ninguno de*

ellos podrá de manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios rescate” (Salmos 49:7). Y como resultado, como leemos en nuestro capítulo: *“El mar se aquietó de su furor”*.

El Hijo del Hombre estuvo en el corazón de la tierra tres días y tres noches, tal como estuvo Jonás por tres días y tres noches en el vientre del gran pez. Como hemos dicho en la introducción de este sermón, el milagro *no* fue el hecho de que Jonás estuvo en el vientre del pez, ni en el hecho de que salió vivo del pez. En la historia ha habido varios marineros que fueron tragados por grandes peces, y luego otros marineros mataron los peces y sacaron vivo a la persona que fue tragada. El verdadero milagro fue el hecho de que Jonás no fue dañado ni vio la corrupción después de estar en el vientre del pez tres días. Normalmente lo que entra en el vientre del pez se digiere dentro de poco tiempo. Sin embargo, Jonás fue protegido de los poderes de la destrucción dentro del vientre del pez. Y por lo tanto, él es un tipo del Jonás Mayor, Jesucristo, Quien estuvo tres días en el corazón, pero como profetizó David en Salmos 16:10, Dios no permitió que Su santo viera corrupción.

De este modo el camino del Fiador, Jesucristo, llega a ser el mismo camino de la Iglesia, y lo que experimentó Jonás tiene que ser experimentado por todo el pueblo de Dios. Para que la ira de Dios en *nuestra* vida sea aplacada, es necesario que primeramente perdamos nuestra vida. Todos nosotros estamos bajo la ira de Dios por la naturaleza, y ese mar de Su ira se va embraveciendo más y más porque seguimos pecando más y más. Queridos amigos, cada día nuestra deuda y culpa se aumenta ante Dios. Hay algunos que pasan toda su vida intentando remar y así ganar su propia salvación fuera del Sacrificio dado por Dios. Sin embargo, hay otros que son como Jonás, y puede ir a la borda y ser echados al mar, así perdiendo su propia vida y postrándose ante la justicia de Dios. Si no es así en nuestra vida, amigos, Cristo siempre será para nosotros una Persona Divina escondida y desconocida.

Queridos amigos, ¿qué sabemos de esto en nuestra vida? ¿Ha llegado tú a ser el culpable, por la gracia de Dios, para que puedas decir: Señor, yo soy el culpable”? ¿Han estado abiertos nuestros ojos espiritualmente, o estamos durmiendo tranquilos en la parte inferior de la nave que está corriendo rápidamente hacia la perdición eterna?

Es una gran bendición y un gran privilegio estar llevado por Dios al lugar donde aceptamos nuestra culpa. Sin embargo, como hemos explicado, es necesario que algo más acontezca. Si los marineros hubieran agarrado a Jonás para echarlo al mar en el momento cuando él reconoció su culpa, seguramente él todavía habría luchado por su vida. Era necesaria la obra de Dios para que Jonás estuviera de acuerdo con su propia *sentencia* y su propia *muerte*. ¿Conoces *tú* algo de estas cosas en tu vida? Por nuestra naturaleza, luchamos siempre para salvar nuestra propia vida. Es necesario que Dios nos lleve al lugar donde también aceptamos que es necesario perder nuestra vida para ganar la vida espiritual.

Seguramente hay algunos en medio de nosotros que dirán: “¡Qué experiencia más terrible! ¿Cómo es que tiene que ser así para ser salvo?” Oh queridos amigos, ***no es*** una experiencia terrible. Lo que es mucho más terrible es ir a su propia ruina eterna durmiendo, nunca habiendo despertado de su sueño mortal. Cuando el corazón de Jonás estaba de acuerdo con los caminos de Dios, él tuvo una relación con Dios que era tan hermosa y dulce, de modo que si hubiera sido necesario que un pez le destruyera, Jonás habría estado muy de acuerdo. De todo corazón Jonás quería glorificar a Dios, aunque él tuviera que ser destruido, porque el honor de Dios fue muchísimo más importante para él. Amigo mío, ¿alguna vez tuviste que ir a la borda?

Pero, ¡qué cosa más milagrosa! Dios había preparado un gran pez para tragar a Jonás. Así Jonás cayó en las manos de Dios bondadoso. Jonás no sabía que después de así “morir” a sí mismo, él iba a vivir otra vez. No sabía que después de estas tinieblas, él iba a ver el sol de nuevo. Pero una cosa sí supo y experimentó Jonás: el Señor preparó un gran pez para tragarlo. En el próximo sermón esperamos hablar de lo que experimentó Jonás ***dentro*** del pez. Por ahora, lo más importante es que tú y yo hayamos aprendido a *perder* nuestra vida, porque la Palabra de Dios nos dice en Mateo 16.25: “*Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará*”. Amén.